

RAÍCES Y COLECCIONES DEL MUSEO DE ULÍA

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

EL MUSEO DE ULÍA

Excmo. Sr. Director, Excmos. Señores. Ilustrísimos Señores, Académicos y amigos todos que habéis querido honrarnos con vuestra presencia en este acto de inauguración del Curso 1995-96 en que nuestra Real Academia de Córdoba se dispone a recorrer otra fecunda etapa de nuestra ya larga y fecunda historia y que tanto prestigio ha dado a la cultura cordobesa. Me cabe el alto honor de abrir este curso, por cesión de nuestro compañero y amigo D. Francisco Lara e invitación de nuestro incansable Secretario Excmo. Sr. D. Joaquín Criado Costa. Y he querido inaugurar este Curso con un tema particularmente querido para mí: El Museo de Ulía.

En 1971 ingresaba como Correspondiente en esta docta institución a propuesta de D. Rafael Castejón, Don Juan Gómez Crespo y Don Juan Bernier. Quiso la Junta Rectora de la Real Academia trasladarse hasta Montemayor, y allí bajo la sombra del castillo Ducal de Frías, leí mi discurso de Ingreso como Correspondiente. Ese discurso llevaba el pomposo título de "Verdad histórica de la Ciudad de Ulía", y fue contestado, de forma improvisada, pero fecunda por nuestro inolvidable D. Rafael Castejón.

Posteriormente en 1984, en abril, y en esta misma sala ingresaba como Académico Numerario y mi discurso versó sobre "El mundo de Ulía", siendo contestado por el que fuera mi maestro en los afanes arqueológicos, Don Juan Bernier Luque, al que tanto debo por su aliento constante hacia mi labor arqueológica y periodística, reflejada en las páginas del "Diario Córdoba" donde siempre encontré a lo largo de más de veinticinco años, en todos sus Directores y periodistas, comprensión, estima y amplio espacio.

Este mismo año de 1995, en febrero, y en esta misma sala tuve el honor de presentar una Comunicación, ilustrada con diapositivas, sobre "Lugares arqueológicos de Ulía". Es decir, a lo largo de mi ya larga vida como miembro de esta

Institución, por tres veces el tema de Ulía ha sido objeto de mi atención preferente, aunque no exclusivo por supuesto. Pero creo sinceramente que a esa trilogía de trabajos le faltaba un complemento forzoso: consagrar un trabajo al Museo de Ulía, que es ante todo y sobre todo el más espléndido fruto de esa pasión por la arqueología, y sobre todo por salvar y rescatar del olvido los restos perdidos de la antigüedad, que se encontraban bien ocultos bajo la tierra o escondidos en los cajones o desvanes de algunas casas. Cerca de treinta años de paciente labor recopiladora, mentalizando siempre a los vecinos, comprometiendo a los niños y a los trabajadores, y saliendo a buscar a campo abierto, a veces incluso de noche, han dado por fruto esa espléndida realidad que es el Museo de Ulía, que tiene detrás de sí una larga y hasta complicada trayectoria que conviene contar para constancia histórica.

LAS RAÍCES DEL MUSEO

Hace ya la friolera de 30 años, en agosto de 1965, Monseñor Fernández Conde se dignó nombrarme párroco de Montemayor. Yo de Montemayor no sabía nada apenas. Tan sólo había estado una vez, en una boda de un paisano mío. Pero al llegar, ya llevaba en las alforjas y muy metida en el fondo del alma la afición por las piedras, nacida en los años de Seminario y acrecentada en los casi cinco años pasados en la Sierra de Hornachuelos, donde descubrí algunos platos y vasijas en la finca "Fuente de la Virgen", término de Las Navas de la Concepción, y propiedad de un hombre formidable, de apellido ilustre: Don Ignacio María de Oriol y Urquijo, fallecido hace dos años al cual dediqué un espacio sentido en el *Córdoba*.

Al llegar como párroco nuevo a Montemayor me llamó la atención ver en el patio de la Casa Parroquial tres proyectiles de piedra y un ventanal en piedra gótico. También una lucerna. Al preguntar por el origen de aquellos objetos me dijeron: De eso hay mucho por aquí, sobre todo en "El Cañuelo". "El Cañuelo" era —y es— una pequeña casa de labranza, cerca de la fuente que lleva ese mismo nombre. Me dijeron que "allí estuvo la gran Ciudad de Ulía". Y me explicaron que aquí tuvo lugar una batalla muy importante entre los partidarios de Julio César y Pompeyo. Que la tal Ciudad fue la única fiel a Julio César y que mereció el nombre de "Fidentia", la Ciudad fiel. Que poco antes de yo llegar se había llevado al Museo Arqueológico de Córdoba un gran pedestal con una inscripción dedicada a Quinto Caesio, pedestal aparecido en la plaza frente al Ayuntamiento, junto con el brazo de una escultura, de mármol. Me hablaron también de un horno donde habían encontrado unos pucheros y unos candiles que habían roto a pedradas apostando por una mejor puntería. Y que hacía años en el "Cerro de la Alcoba" habían encontrado unas cabezas, llevadas posteriormente al Instituto de La Rambla donde un profesor las entregó al Museo de Córdoba, pero dando como lugar de origen "Las Cabezas del Rey" cuando en verdad no era así. También procedían del "Cerro de la Alcoba", donde sin lugar a duda existió una necrópolis ibérica por los restos allí descubiertos.

Un simple paseo por los alrededores de Montemayor, me hizo darme cuenta a

primera vista que el suelo estaba sembrado de restos, sobre todo de restos romanos y de cerámicas ibéricas destrozadas. Al oír que allí nadie le había dado importancia a esos “tajuletos” –como ellos los llamaban– comprendí que se imponía una urgente labor mentalizadora. Redacté una cuartilla suplicando a todo el vecindario que me entregaran cualquier vasija, incluso los trozos grandes de cerámica, las monedas, las piedras con letras, en fin todo lo que les pareciera raro.

Visité una por una todas las escuelas y aleccioné a los niños. Los frutos no se hicieron esperar. Niños y viejos me entregaban algunas monedas, alguna lucerna. Me dijeron que en “La Zargadilla” había una piedra haciendo de “mojón” separador de fincas. Pedí un burro y con un joven amigo de la parroquia me trasladé hasta allí y enseguida nos dimos cuenta de que estábamos ante una formidable escultura romana a la que le faltaba la cabeza. También me dijeron que en una escombrera al pie del castillo, se habían encontrado los niños una figura de piedra, de un hombre de rodillas, que fue a parar al patio del castillo Ducal de Frías, junto a un carnero ibérico encontrado en el mismo jardín de la impresionante fortaleza.

En poco tiempo, monedas, lucernas, proyectiles se iban acumulando. Las depositaba en el patio de la casa, con gran disgusto de Carmen Rabasco, una paisana de Santaella que cuidó durante doce años a mi madre y a un servidor. Su única pregunta era ésta: “¿Y eso para qué sirve? Para estorbar”. Como las piedras aumentaban y también era frecuente la entrega de objetos sobre todo de los niños, a los que siempre les atraían las propinas, decidí hacer una vitrina y colocar todo ese material en un pequeño salón de la parroquia, que antes había servido para reuniones de Acción Católica e incluso para hacer teatros en la Catequesis. Y comenzamos a llamarlo pomposamente Museo. Ya teníamos el Museo de Ulía en ciernes. Paralelamente me obsesioné con el tema de Ulía, reuniendo todo cuanto se había escrito sobre ella, desde los textos antiguos hasta las tradicionales disputas entre Fernán-Núñez y Montemayor, donde siempre cada pueblo se esforzó en arrimar el ascua a su propia sardina.

Piedras y textos me dieron pie para comenzar mis colaboraciones en el “*Diario Córdoba*”. No pasaron desapercibidas para Don Rafael Castejón ni para Don Juan Bernier. Tampoco para un practicante de Fernán-Núñez, Crespín Cuesta, que terció en el tema a través de las páginas del *Córdoba*. Posteriormente lo hizo Don Juan Bernier quien hizo gala en amabilísima carta de sus conocimientos sobre la vieja, y más que vieja, eterna disputa. En sus “Notas Culturales” Castejón puso a Montemayor como espejo en el esfuerzo de salvar esa parte de su patrimonio. De las posteriores visitas surgió una amistad y estima, mantenida hasta la muerte.

Pero aquellos pinitos de cura arqueólogo, aquel ir formando el primer Museo Local de un pueblo, no estaba bien visto por ciertas esferas de Córdoba y de Madrid. En el Ayuntamiento de Montemayor se recibió un telegrama para que inmediatamente todo el material se recogiera y entregara al Municipio para llevarlo al Museo de Córdoba. Nos vimos negros para dar “capotazo” a la requisitoria. El alcalde se hizo el sordo, dijo que se trataba de cuatro pedruscos sin importancia alguna y que aquello era de la Iglesia. Paralelamente por aquellas fechas el alcalde de Santaella hizo un viaje a Madrid y quiso solicitar también hacer un Museo Municipal con los muchos restos que allí aparecían. Imperaba un centra-

lismo radical que negaba a los pueblos el derecho a su patrimonio. El Director le dijo que de ninguna manera. Y añadió: "Al cura de Montemayor, no lo llevamos a la cárcel por no tener un conflicto con su Obispo y con la Iglesia". Pues menos mal. En defensa del Museo de Ulía se alzaron varias voces, y muy especialmente esta Real Academia por medio de su Director y de una comunicación de D. Adolfo Chércoles Vico y de Don Juan Bernier. Como estaba un tanto negro el panorama solicité al Obispado de Córdoba que declarara el "Museo de Ulía" Museo Oficial de la Iglesia. No sabíamos si eso era o no era conforme a las leyes vigentes, pero el Vicario Capitular –Sede Vacante– Don Juan Jurado Ruiz, se apresuró a dar ese Decreto. Y se hizo un primer inventario con las piezas que se iban almacenando. La verdad es que nos dejaron en paz y el Museo se iba incrementando, como fruto de donaciones o de descubrimientos fortuitos, a veces bajo un sol de plomo y hasta de noche subidos en un tractor, por si las rejas descubrían una vasija o una escultura.

El local de la antigua Acción Católica se quedaba pequeño. Había pasado ya cierto tiempo y las cosas habían cambiado bastante. Se tenía otra mentalidad porque habían comprendido que los Museos Locales eran la mejor forma de salvar para siempre una buena parte de nuestro patrimonio.

No pocos Municipios se embarcaron en la hermosa tarea de ir formando sus propias colecciones. Santaella, Cabra, Doña Mencía, Fuente-Tójar, Montilla, Puente Genil. Un rosario de pueblos estaban embarcados en esa labor, ya imparable afortunadamente. Como el local de Acción Católica era pequeño y pobre soñábamos con unas dependencias mejores para las vitrinas. Y un golpe de suerte vino a darnos la solución, no sin antes haberle solicitado al Duque de Frías, la cesión de la llamada "Casa del Corregidor". Al picar una pared del templo para enlucirla, descubrimos un arco de medio punto, similar a los de la nave central de la parroquia. Con la ayuda de Don Manuel Nieto Cumplido, a la sazón Delegado de Cultura, y del Ayuntamiento, sacamos todos los escombros y descubrimos que se trataba de una pequeña sala que había sido destinada para osario de la misma iglesia. La limpiamos y enterramos los restos humanos en diversas criptas existentes en algunas capillas. Posteriormente rompimos un muro de más de un metro de ancho, para poder unir a esa sala la antigua aljibe que recogía el agua de la calle y de los tejados. La aljibe era una pequeña sala, redonda, terminada en bóveda. Se hizo un pasadizo en ladrillo antiguo y también se le puso a todo lo largo de la primera salita una especie de vitrina y zócalo de ladrillo. Todo bajo la dirección del arquitecto Don Carlos Luca de Tena, quien puso gran empeño y cariño en esta remodelación de un osario y de un aljibe. El resultado fue contar con dos estancias, más bien pequeñas, pero suficientes para exponer las piezas que sobrepasaban de trescientas. Poco después y patrocinado por la Delegación de Cultura un joven arqueólogo Pepe Godoy –hoy conservador del Arqueológico– hizo una catalogación completa de todos los restos, depositando una copia en la Delegación de Cultura y otra en el Archivo Parroquial de Montemayor. Y para mayor constancia de todas y cada una de las piezas el Ayuntamiento de la villa hizo del Museo un inventario fotográfico, con lo cual la salvaguarda de las piezas está garantizada. Hoy el Museo está en todos los libros que señalan las rutas turísticas de España, en la Guía de los Museos y también en el recientemente publicado

Catálogo de los Museos de la Iglesia. Y forma también parte de la recientemente creada "Asociación Provincial de Museos Locales", que preside mi paisano Juan Manuel Palma Franquelo y en la que están encuadrados casi todos los Museos de nuestra provincia.

En resumen: El Museo de Ulía tiene detrás de sí una larga y apasionante historia, como apasionante y difícil es también la del Museo de Santaella, cuyas piezas tuvieron que ser escondidas en pajares y en sótanos ante el peligro de que "volaran" para siempre hasta Córdoba o hasta algunos Museos Nacionales, arrancándolas de sus lugares de origen, y sobre todo, condenando a los pueblos a ser privados de una parte importantísima de su patrimonio, o a que ese patrimonio se perdiera para siempre. El tiempo acaba dando la razón al que la tiene. Lo que más de cuatro quijotes hemos sido capaces de hacer por los Museos Locales no lo han hecho los más directos y altos responsables de algunos ministerios o de las Autonomías. No es mérito sólo nuestro, ni mucho menos. Es fruto de la colaboración de los pueblos, de la ayuda de sus autoridades, de un esfuerzo mancomunado que merece la pena resaltar como merece.

LAS COLECCIONES DEL MUSEO DE ULÍA

Bien. Tenemos el Museo. Pero ¿Qué encierran esas vitrinas?. ¿Qué piezas se han conseguido salvar de la venta clandestina o del deterioro?. ¿Cuándo comienzan y hasta dónde llegan, temporalmente hablando, los restos encontrados?. ¿Cuáles son los más importantes?. Voy a intentar resumir y condensar el contenido del Museo de Ulía, comenzando por las piezas más antiguas, no sin reseñar antes que también de las paredes del Museo cuelgan dos cuadros que contienen dos documentos de particular importancia para la parroquia de Montemayor, sobre todo el primero. Se trata de un escrito del año 1517 en el que da cuenta de la llegada a Montemayor de la reliquia de San Acacio, traída del Monasterio de Tres Fontanas, de Roma, por Don Antonio de Aranda nacido en Jaén y que gozaba de un beneficio en Montemayor. La reliquia sería entronizada en el altar con toda pompa, y algo más de un siglo después, el Santo General sería nombrado Patrono de la Villa. El segundo documento es una bula del Papa Clemente XIV concediendo indulgencias a la Hermandad de la Vera Cruz.

Pero sigamos con los fondos del Museo y sus colecciones.

PREHISTORIA

Es apasionante la polémica actual sobre el problema del hombre. Los diversos cráneos y cuerpos aparecidos no hace demasiado tiempo reaviva la polémica de la antigüedad de la especie humana sobre la Tierra. Hasta no hace mucho se hablaba de un millón de años. Ahora se afirma que nuestra vejez se remonta a millón y medio, o tal vez más, según los análisis químicos aplicados. Por lo visto aquí no somos tan viejos. Nuestros vestigios son bastante más modestos. Encontramos hachas talladas más o menos toscamente que se remontan a ciento cincuenta mil

años. Es espléndida la colección del Museo de Santaella. Montemayor no cuenta con un número tan amplio. Pero en las vitrinas del Museo de Ulía, se pueden contemplar nada menos que unos catorce ejemplares en sus dos facetas: piedra tallada toscamente, y también hachas pulimentadas. Pero si Santaella nos gana en hachas, no así en pequeñas puntas de flecha, de sílex. Nada menos que sesenta y siete se pueden contemplar en la vitrina central de la primera sala. Bien es verdad que muchas de ellas tienen origen sahariano, pero otras han sido halladas en Montemayor y más concretamente en el llamado "Cerro de la Alcoba", junto a los restos de un ajuar funerario.

También cabe resaltar la existencia de un par de colmillos de animal anfibio, encontrados en una cantera de arena, a seis u ocho metros de profundidad. También cuenta la vitrina alrededor de la pared con 14 fósiles de almejas gigantes y otros restos de crustáceos petrificados. Con frecuencia esos fósiles afloran a la superficie cuando se cava en las laderas que circundan y configuran el Montemayor actual.

LAS CERÁMICAS DE ULÍA

El estudio de la cerámica tiene un papel importantísimo en el conocimiento de la Historia antigua. De ahí mi empeño en rescatar para el Museo de Ulía, no sólo vasijas intactas sino también trozos más o menos pequeños, pero que pudieran dar luz sobre la antigüedad de la Ciudad, que se remonta a cientos de años antes de que la colonizaran los romanos. Típicamente española es la llamada cultura de los vasos campaniformes. Montemayor no es ajeno a esa cultura. Vasijas de barro negro, quemadas en la incineración, han aparecido en diversos lugares de los alrededores del Montemayor actual. Sobre todo en dos sitios: el llamado "Cerro de la Ahorca" y "El Cerro de la Alcoba". Al pie del primero debió existir una gran necrópolis, dada la cantidad enorme de trozos de esa cerámica que muy bien puede remontarse a quinientos años antes de Cristo, o tal vez más.

El Museo cuenta con una vasija intacta de ese cerro y con numerosos trozos destrozados por las rejas de los tractores. Y muy cerca del cementerio apareció un gran trozo de vaso campaniforme, preciosamente estriado en formas geométricas. Son sin duda los restos más antiguos de la cerámica Uliense.

Pero si abundan esos restos, no digamos nada de las cerámicas ibéricas, de las cuales los terrenos colindantes al Montemayor actual están repletos. Y hasta en lugares un tanto alejados como puede ser La Zargadilla o El Chaparral y Los Alamillos, son frecuentes esos descubrimientos fortuitos. Desgraciadamente no contamos con vasijas íntegras, pero sí con muchos trozos. La gran extensión en que aparecen denotan que la Ulía prerromana contó, siglos antes de Cristo, con una población muy numerosa.

Como es lógico la cerámica más importante es la romana. Aparte de infinidad de restos destrozados, el Museo de Ulía cuenta hoy con ocho vasijas, o ánforas, perfectamente conservadas. Algunas aparecidas en el mismo casco actual. Una en la calle de La Rambla, otra en la calle Justo Moreno, otra junto a la iglesia parroquial de La Asunción. Otra en la calle Barrera. Algunas son urnas cinerarias

que conservan aún pequeños trozos de restos humanos. De entre la cerámica romana sobresalen dos formidables tinajas aparecidas en el pago de "Rayos y Matas" entre Fernán-Núñez y Montemayor. Junto a las vasijas y ánforas debemos colocar la colección de platos romanos. Algunos tapaban la boca de las urnas. Otros han sido hallados solos, normalmente como parte del ajuar de alguna sepultura. Hasta en el llamado "Cerro del Cristo" se descubrió hace años una gran vasija en forma de cántaro. Y no digamos nada de los alrededores del castillo de Dos Hermanas, donde con gran frecuencia merodean con detectores de metales o escarban para encontrar monedas o restos de cerámica.

LAS LUCERNAS DEL MUSEO

En la segunda sala, la que fuera hasta no hace muchos años aljibe de la parroquia, se exhiben en una vitrina veinticuatro lucernas de barro. Se dividen casi a partes iguales en romanas y árabes. Alguna, por su barro especial, parece que se remonta también a tiempos anteriores al cristianismo. Particular importancia para mí tiene una lucerna romana, que tiene en relieve los mismos motivos de la moneda de Ulía, de la cual hablaremos muy pronto. También resalta una lucerna árabe, vidriada y que según los entendidos tiene una inscripción. "El Imperio para Alá". Según me dicen, alguna de esas lucernas sirvieron de candiles en las casas hasta después de la Guerra Civil.

PROYECTILES Y GLANDES

Las fuentes antiguas nos hablan de dos cercos a la Ciudad de Ulía. Una de esas fuentes es el "*Bellum Alexandrinum*" que narra la marcha de Casio Longino hacia la misma y el cerco a que la sometió Marcelo. Marcelo, según esas fuentes acampó cerca de Ulía y se dispuso a bloquearla.

La segunda fuente antigua que narra otro cerco de Ulía es el "*Bellum Hispaniense*". Son textos que recogen las luchas entre César y Pompeyo y son sobradamente conocidos de todos los presentes y por tanto no vamos aquí y ahora a detenernos en repetir hechos que ya sabemos. El cerco de Ulía, la fiel, y la derrota de las huestes de Gneo Pompeyo por las huestes de Julio César constituyó el principio del fin, ocurrido pocos meses más tarde con la batalla de Munda.

El Museo de Ulía conserva algunos vestigios de ese cerco, o mejor de esos asedios. Sobre todo del segundo. Nada menos que treinta y cuatro proyectiles de piedra se han podido rescatar para el Museo. Casi todos ellos se han encontrado bajo el suelo de los corrales de Montemayor. Algunos al fondo de los terraplenes. Pero hay un lugar que se lleva la palma a la hora de encontrar glandes o pequeñas balas de plomo que se tiraban con honda. Ese lugar se llama "El Cerro de la Ahorca". Está cerca del actual cementerio, muy cerca del camino de La Zargadilla. Han sido cientos los glandes allí encontrados, así como monedas de todo tipo, incluyendo algunas de Ulía. No cabe duda de que en ese lugar hubo un campamento romano y que la estancia de los guerreros debió prolongarse durante cierto

tiempo, de lo contrario no tiene sentido esa proliferación de glandes. Veintisiete conserva el Museo, mínima parte de los que se han llevado los buscadores de tesoros. Me consta de un guardia civil, aficionado a la búsqueda de monedas y objetos que llegó a recoger más de cien glandes de plomo en ese paraje del Cerro de la Ahorca. Y los campesinos que poseen viñas cerca de ese cerro, con gran frecuencia suplen encontrarse piezas de esa clase. Por supuesto que también han aflorado en otros lugares de la villa, sobre todo en las laderas, pero “El Cerro de la Ahorca” se lleva la palma con mucho. También la frecuente aparición de monedas constatan —como he dicho— la presencia de un campamento romano, no lejos de las murallas, aunque sí lo suficientemente distante como para no ser alcanzados de improviso en un ataque repentino.

LA COLECCIÓN NUMISMÁTICA

En mi discurso de ingreso como Académico Numerario decía que “el estudio de la numismática es importantísimo para el conocimiento de la Historia antigua. Así lo comprendieron hombres de la talla de Hubner, Heiss y Zobel y muchos estudiosos de la numismática moderna. No sin razón puede decirse que en las monedas ha quedado grabado no sólo el arte, ha quedado en ellas la religión, el vestido, los cultivos, los gustos, la guerra, el tocado de las mujeres o la vida doméstica de los pueblos antiguos. El estudio en profundidad de las monedas se reserva al siglo XVIII, sobresaliendo el Padre Flores autor de una obra publicada en 1757”.

No es esta la ocasión, ni lo pretendo, para un estudio de la numismática. Baste decir que la proliferación numismática constata el cultivo de tres productos básicos, como dice María Luisa Cortijo Cerezo en su libro *El Municipio Romano de Ulía: cereal, vid y olivo*.

Amplia es la colección numismática del Museo de Ulía, como corresponde a una ciudad tan importante. Hay monedas ibero-púnicas, ases de época republicana, alto-imperiales. Claudio, Nerón, Trajano, Vespasiano, Domitiano, Antonino Pío, Druso, Lucilla Augusta y bastantes del Bajo Imperio no muy bien identificadas por su mal estado de conservación. De esta gran colección destacan como es natural las monedas de la propia Ulía. Una pequeña moneda nos representa la leyenda de Rómulo y Remo amamantados por la loba. Pero —como hemos dicho— las más interesantes son las ocho monedas de Ulía, algunas muy bien conservadas. Son monedas —decía en 1984— de un arte tosco y simplista, similares a las de Carmo, Onuba, Obulco. En el anverso tienen la cara de una divinidad. También una media luna y una espiga. La diosa tiene un collar de perlas rodeando la cabeza y está ceñida por red de gargantillas. El epígrafe de Ulía está rodeado de unas ramas de olivo con frutos. Estrabón y Plinio nos han dejado constancia del cultivo del aceite en la Bética. Para Estrabón el aceite de esta región era el mejor de todos. Y era tan abundante y óptimo que Marcial tejó una rama de olivo para el Betis. La presencia del olivar en las monedas de Ulía —añadía también en 1984— prueba la estima de los nativos por ese cultivo del cual se sentían orgullosos, como los de Gades estaban de su pesca y por eso la llevaron a sus monedas. Terminemos

diciendo que Menéndez Pidal incluye las monedas ulienses entre las ibero-turdetanas. Y que han sido cientos y cientos las monedas del Bajo Imperio encontradas en lugares como "El Cañuelo", "Los Pilonos", "La Zargadilla", "El Brocal", etc. Es decir allí donde proliferaron las "villas", junto a los manantiales y arroyos, que fecundaban la fértil campiña uliense.

LAS INSCRIPCIONES DEL MUSEO

Puede decirse con orgullo que pocas, por no decir ninguna ciudad de parecida categoría, ha sido tan pródiga en lápidas romanas como Ulía. Muchos autores nos han transmitido textos de inscripciones aparecidas en Montemayor. Baste asomarse al *Corpus Inscriptionum Latinarum*, A. Hubner, Fernández Franco, o últimamente al formidable trabajo de Armin Stiloff. Baste asomarse al patio del castillo Ducal de Frías donde aún se pueden leer en las columnas apellidos ilustres semiborrados, o las intactas lápidas de Lucia Segris, o las piedras miliarias de Nerón, Claudio, Agrippa, etc. Basta todavía fijarse en una columna de la iglesia donde quedan vestigios de la inscripción consagrada a Marco Aurelio. O acercarse al Museo de Córdoba para ver el pedestal de Quinto Caesio. Más de treinta inscripciones dispersas entre iglesia, castillo, Museo Provincial de Arqueología, y otras cuya destino no se conoce, denotan una abundancia nada común, signo de un Municipio romano, que conoció su mayor esplendor en los siglos primeros antes de Cristo, y sobre todo en el inicial de la Era Cristiana cuando la paz de Augusto, inundó de nobles patricios campos y ciudades, prolongando durante tres siglos largos su dominio y su presencia. Las lápidas romanas de Ulía son otro de los grandes testimonios de la dominación romana.

Seis inscripciones romanas conserva el Museo de Ulía.

Destaca por su particular importancia una inscripción, que debió de ser parte del frontispicio de una casa solariega, o del pedestal de un monumento. Aunque está muy incompleta, sin embargo se ha conservado intacta una parte del primer renglón donde pone con toda claridad Ulienses. Procede de un olivar entre Dos Hermanas y Montemayor. La ausencia de toda edificación demuestra que no era propia de aquel sitio, sino arrojada allí por casualidad.

La segunda inscripción está consagrada a un hijo de Augusto: Caio Caesari. Augusto, Patrono. Procede del dintel de la antigua cárcel frente al Ayuntamiento y fue descubierta al transformar el edificio en Peña Flamenca "Antonio Porras", pero se ignora su original emplazamiento ya que formaba parte del dintel de la cárcel desde el siglo XVI.

Particular importancia tiene la inscripción consagrada a un tal CORNELIO. Dice:

LUCIO CORNELIO CALGIGER.L.F. IIVir, PONTUFEX SACRORUM
IN MUNICIPIO H.S.E.

L.C.L.F. GAL. DABQUINUS, EDIL, IIVIR, PAEFECTUS. H.S.E. S.T.T.L.

Es una lápida reutilizada. Y por el tipo de letra distinta y hasta por el arcaísmo del Pontufex en vez de Pontifex, se puede decir que entre la muerte del primer difunto, Lucio Cornelio y el segundo, Lucio Danquino, median por lo menos cincuenta años. En ambos consta el "cursus honorum" de los dos personajes. Uno –Cornelio– era duunvir y pontífice o sacerdote de los dioses sagrados en el Municipio. Lástima que el epigrafista haya omitido el nombre de Ulía que lo da por sobreentendido.

Del segundo difunto se afirma que pertenecía a la tribu Galeria, una de las más distinguidas familias romanas. Era duunvir, edil y prefecto en el Municipio Uliense. Esta lápida, por sus características, se puede ubicar en el siglo I después de Cristo, pero muy al principio, al menos en su primera inscripción, la que atañe a Cornelio. Fue encontrada en el pago de "Rayos y Matas" entre Fernán-Núñez y Montemayor, donde también se descubrieron las dos grandes tinajas ya reseñadas anteriormente. Han sido estudiadas por Alicia María Cantó y Armin Stiloff. Fue donada al Museo por Antonio González Moreno.

Esta lápida une dos nombres ilustres a la larga lista que ya conocíamos en la Ulía romana: los Cornelios y Danquino junto a los Calpurnio Fabius, Elios, Clodius, Optatus, Hirrus, Caesius, etc., algunos de cuyos nombres se conservan en las semiborradas lápidas del castillo inscritos en las columnas del patio central.

Otra inscripción del Museo de Ulía es la sepulcral consagrada a un tal Caio Hermes. Dice:

D: M: S.
 QUINTO CAIO HERMES, ANNO XXXX P.I.S.
 H.S.E. S.T.T.L.

Fue sepultado en la actual finca de "El Cañuelo" sin duda muy cerca de la que debió ser su "Villa" de labranza. Es pequeña y de mármol blanco.

La penúltima inscripción romana del Museo está consagrada a una tal Suriaca. Tiene el mismo tipo de letra que la anterior y se puede también ubicar en el siglo I de nuestra era. Dice:

SURIACA, ANN. XXXXV, P.I.S.S.T.T.L.

Apareció en una casa de la calle La Barrera.

...

La última inscripción conservada pertenece a un niño:

FRIGITO INSFANS
 VIXIT ANN VII
 MENSE... DIES...

RECEPTUS.

Es curioso el "Receptus" que no se ha encontrado en ninguna otra inscripción conocida en Ulía. Parece denotar una connotación cristiana, aunque según Armin

Styloff, no necesariamente.

Pasamos por alto una mini inscripción de Ulía, tan pequeña que es como la palma de la mano y de difícil lectura. Apareció al final de la calle Portichuelo y está siendo estudiada por Styloff. Existen dos inscripciones más. Pero son ilegibles por incompletas. Baste lo reseñado en cuanto a lápidas para comprender la riqueza extraordinaria que colocan a Ulía a la cabeza de inscripciones romanas, como ya dije al principio.

LOS BRONCES DE ULÍA

Reseñemos ante todo las piezas más importantes y significativas. La pieza más importante descubierta es sin duda alguna el hacha encontrada en el “Cerro de la Alcoba” y que formaba parte —como ya se dijo— de un ajuar cinerario. Tal vez —y acaso sin tal vez— sea el mejor ejemplar encontrado en la provincia de Córdoba. Y está impecablemente conservada. Mide unos diez centímetros de largo por unos siete de ancho.

El segundo bronce en importancia del Museo de Ulía es una figura de guerrero romano. Debió formar parte de los adornos de un mueble. Tiene un escudo en la mano y su cuerpo está cubierto de armadura. A pesar de su pequeñez se trata de una pieza de singular valor. Apareció en la finca “Del Cañuelo” y fue donado por Doña Purificación Marín, hace ya más de veinte años.

Otra pieza importante es un racimo de uvas, con sus hojas, encontrado por Miguel Marín Llamas en su viña del “Cañuelo” donde tantas monedas han aparecido. Ese racimo denota la importancia de la vid en estos pagos, ya en la época romana.

De ese mismo lugar procede una fuente en bronce, descubierta casualmente por un servidor cuando inspeccionaba la tierra del “Cañuelo” buscando cerámicas.

De bronce son también nada menos que nueve puntas de flecha de muy diversos tamaños y de diversas épocas. Algún entendido me ha dicho que una punta de lanza puede muy bien ubicarse en unos setecientos años antes de Cristo.

De bronce son también nueve anillos de diversos tamaños y épocas, unos doce pasadores, seis colgantes, amuletos, una serie de botones y diversos objetos para adorno de muebles y hebillas de caballos. Y ya hablamos de la punta de lanza recubierta de oro. Nueve flechas completan esta amplia colección de pequeños objetos de bronce, junto con seis colgantes-amuletos en forma de lagartitos. Pequeña, pero rica muestra al fin y al cabo de la riqueza de Ulía.

LA COLECCIÓN DE ESCULTURAS

Nos vamos a concretar, brevemente, a las esculturas que se conservan en el Museo de Ulía. No sin manifestar nuestra esperanza de que algún día puedan formar parte de esta colección, por lo menos las dos piezas ibéricas que se guardan en una sala del castillo Ducal de Frías. Dos piezas encontradas —como ya se dijo— en el mismo jardín del castillo y en sus aledaños. La primera un carnero

ibérico que conserva algunos restos de policromía. La segunda el cuerpo de un guerrero, con rodilla en tierra como si estuviera en actitud de tirar una flecha y otro objeto. Es de piedra blanca.

La escultura más antigua, de origen ibérico, conservada en el Museo es la cabeza de un caballo, bastante incompleta, pero de muy buenas dimensiones. Procede del "Cerro de la Alcoba" aunque durante más de cuarenta años formó parte de una tapia en la calle Arenal.

Pero sin duda alguna el mejor filón para las esculturas del Museo de Ulía lo proporcionó la finca denominada "Zargadilla". Allí existió una espléndida "Villa" de la cual hemos hablado ya varias veces. La suerte por un lado y la generosidad de los dueños –Fernando Carmona y Antoñita Carmona– han hecho que las mejores piezas del Museo sean las procedentes de aquel pago. Aquella debió ser una formidable mansión de algún noble patricio. ¡Lástima que no se hayan encontrado lápidas allí con los nombres de la familia!. Sólo se conserva una piedra a la que le falta la inscripción.

Reseñemos ante todo la figura de un sátiro, cubierto de piel de cabra. Le falta la cabeza y manos. Figuras parecidas se conservan en el Museo Vaticano, en Barcelona y en Cartagena.

Tras el sátiro viene sin duda alguna el león de La Zargadilla. Su melena y cara están admirablemente esculpidos. Es de mármol blanco. Le faltan las patas, pero el rostro denota una gran fiereza, al igual que su sugestiva melena.

Otra pieza sobradamente conocida es la "Venus de Montemayor". Respira belleza y serenidad sugestiva. Su pelo, con un moño alto y muy bien cuidado, denota la elegancia y señorío de las matronas romanas ¡Lástima que sólo apareciera la cabeza!.

Pieza también singular es la figura de un "putto", también en mármol blanco, con el cabello muy rizado y con una especie de caracola en la mano.

Una gran cabeza, al parecer de la familia de los Claudios, en piedra blanca y un poco toscamente tallada.

Una preciosa cabecita de Hermes, tallada en mármol blanco, regalo del Doctor Rivera Guzmán, hoy prestigioso médico de nuestro Hospital General.

Un torso de Esculapio, descubierto en la huerta de "La Cacería" y que denota la existencia en ese paraje de algún santuario y de aguas medicinales.

Una máscara de Baco, de piedra blanca, hallada en el "Arroyón" y que fue motivo de una fuerte polémica hace años, por ser confundida con una dama. La "Dama de Montemayor" se dijo entonces, pero sin duda se trata de un rostro de Baco que debió formar parte de un frontispicio. En sus orígenes debió tener ojos de cristal.

Otra escultura pequeña, en mármol rojo. Se trata de una cabecita de Baco, partida por medio. Sólo se conserva la parte anterior del rostro y parte de la cabellera ondulada.

Reseñemos por último una cabecita pequeña de Minerva, en barro cocido, aparecida en una zanja de la calle "Justo Moreno".

Esta es la colección de esculturas del Museo de Ulía. No cuenta como el museo de Santaella con una espléndida leona, y otras figuras de origen ibérico. Pero la colección romana, y sobre todo las esculturas de "La Zargadilla" denotan

en la ciudad cesariana un esplendor que tuvo su cenit y sus siglos dorados en los primeros de la civilización cristiana. Más tarde la fortaleza de Ulía, conocería siglos de decadencia y olvido en el declive del Imperio.

Añadamos dos palabras sobre la Ulía cristiana y su reflejo en las colecciones del Museo. La presencia del Cristianismo en la noble y prestigiosa ciudad debió ser muy temprana. Lucio Flavio Dexter, en su "Cronicón" nos dice que en la Bética, en Ulía, floreció en 139 después de Cristo San Cuadrado, Obispo. Nada se conoce de su vida pastoral, y su fiesta se celebra el 21 de agosto.

A principios del siglo IV se celebra el Concilio de Iliberis. Y a él asiste el Presbítero Víctor, de Ulía. Thouvenet lo coloca en el décimo quinto lugar de los asistentes. El Obispo Cuadrado y el presbítero Víctor denotan ya una presencia cristiana muy remota en la ciudad romanizada.

El Museo de Ulía conserva dos pequeños testimonios que pueden denotar esa temprana implantación del cristianismo. Está por un lado una piedra en forma de huevo, que tiene perfectamente grabada la figura de un pez, que como se sabe era símbolo de los cristianos.

En segundo lugar está la inscripción del niño Frigito. La palabra final de la inscripción "receptus" parecen denotar una concepción cristiana.

Y en el patio del castillo, una lápida sepulcral, consagrada a una tal Lucia Segris, al final de la dedicatoria, conserva la frase "Cum Potuero Veniam" –"Cuando pueda volveré contigo"– que parece también una evocación del sentido evangélico de la muerte. Algunos otros textos que no merecen tanta credibilidad –incluso hablan de la presencia de Santiago en Ulía–.

Estas son, señores académicos, autoridades y amigos todos, las raíces y las colecciones del Museo de Ulía, modesto Museo de Montemayor, pero fecundo exponente de una riqueza antigua singular, hoy rescatada para siempre –eso esperamos– para bien de la cultura.

EL ÚLTIMO PELDAÑO

En la consolidación del Museo de Ulía el último peldaño ha sido su integración en la Asociación de "Museos Locales de Córdoba" creada hace dos años –como se dijo– a impulsos de los responsables del Museo de Santaella, Joaquín Palma Rodríguez, Juan Manuel Palma Franquelo y Francisco del Moral Aguilar. Las reuniones celebradas en Santaella, Montemayor, Fuente-Tójar, Almedinilla, Cañete de las Torres, Puente Genil, etc., han fructificado en esa Asociación, hasta hoy única en su género fundada en España y cuyos Estatutos han sido legalizados. El tema de los Museos Locales bien merece una monografía. No es este el momento, ni mucho menos. Digamos solamente que Almodóvar, Cañete, Montemayor, Montoro, Pozoblanco, La Rambla, Villafranca, Añora, Doña Mencía, Montilla, Palma del Río, Priego, Santaella, Villanueva de Córdoba, Cabra, Fuente-Tójar, Puente Genil, Torrecampo y Zuheros cuentan ya con su propio Museo Local. La Asociación nació para la protección y defensa del Patrimonio Histórico, además del fomento de su rehabilitación, investigación y divulgación. Pretende el conocimiento de esos Museos y la promoción de los mismos. En vías de

publicación tenemos entregado ya todo el material para la edición de un libro-guía de todos los Museos Locales de Córdoba, entre ellos el de Ulía.

Estas son, señoras y señores, las raíces y las colecciones del Museo de Montemayor, y esta es la espléndida realidad de Córdoba, pionera en este campo y espejo donde se pueden mirar todos los pueblos de España.

Agradezco la honra que se me hace de inaugurar este Curso así como la presencia de autoridades, académicos y amigos. Pido a Dios con toda el alma que el curso que hoy estrenamos sea fecundo. Muchas gracias. He dicho.

FUENTES DOCUMENTALES

- El municipio romano de Ulía.* María Luisa Cortijo Cerezo. Córdoba, 1990.
- Boletín Real Academia de Córdoba, 1984.
- Montemayor, retazos de historia.* Pablo Moyano Llamas, 1994.
- Los pueblos de Córdoba.* Caja Provincial de Ahorros.
- Catálogo artístico y monumental.* Diputación Provincial. (Córdoba, 1991).
- Tierra Nuestra,* de Juan Bernier Luque. Córdoba, 1983.
- Guía artística de la provincia de Córdoba.* Universidad, 1995.
- Diario Córdoba.* Artículos de Juan Bernier, Francisco Crespín Cuesta y Pablo Moyano Llamas, 1971 y años siguientes.
- Armyrn Styloff. *Corpus Inscriptionum Latinarum, Conventus Cordubensis,* 1995.